

Los días rusos

Sobre la soledad y el desasosiego

Adolfo García Ortega (Valladolid, 1958), es uno de esos escritores de culto, ajeno a las cohortes verbales de las promociones literarias, que va haciendo su obra con una constancia y un rigor poco comunes en las letras españolas de hoy. La obra de García Ortega resulta casi secreta, como ofrecida a esos, seguramente escasos, lectores que buscan en la escritura, más allá de las tramas bien construidas, hallar un mundo cuya infinitud está en la propia lectura, en sumergirse en un texto que trasciende la propia historia contada. Seguramente García Ortega es deudor de otra estirpe de escritores cuya aventura literaria ha traspasado siempre los límites de la realidad para instalarse en el mundo de la palabra necesaria en donde conviven los mundos y seres de ficción y realidad que urden y desentrañan los espacios míticos y ocultos en que habitan. De ahí que *Los días rusos* pueda con facilidad emparentarse con la narrativa de corte fantástico de Jorge Luis Borges o Adolfo Bioy Casares.

Los días rusos es un volumen que recoge tres novelas cortas («Regina Bras», «En otro mundo» y «Los días rusos») de tramas y procedimientos narrativos aparentemente distintos. Las tres historias guardan una estrecha relación cuyo punto de inflexión es la indagación en el alma humana y en la soledad del hombre.

Cada una de las novelitas busca su geografía: Burdeos en «Regina Bras», Cuautla y México en «En otro mundo» y Moscú en «Los días rusos». Tres paisajes distintos para tres historias y estados emocionales, de modo que Burdeos, México y Moscú son sobre todo la geografía vital, del alma y del espacio, que habitan los personajes. A su vez estas tres ciudades se asocian a un color que es el color del mundo que late en cada relato. El negro y gris de la decepción de Burdeos, los colores cálidos de México asociados a la pérdida de la razón y al mundo interior sometido a las tensiones que genera la contradicción de la

traición del amigo y la abrupta línea de la pasión y la muerte y el rojo de la sangre sobre el blanco de la nieve de Moscú como símbolo de la pasión amorosa. Decepción, muerte y amor como ejes que centran la intensidad dramática de los tres personajes. Además cada uno de los relatos va asociado a un clima que es un estado mental y pasional interno de los personajes. El gris plomizo y lluvioso de Burdeos, la refulgencia del sol y el calor de México asociados al estado turbador que desemboca en el homicidio y la gelidez del frío moscovita en contraste con el candor de la sangre amorosa que late como pasión turbadora.

No cabe duda que *Los días rusos* es una novela de espacios que sirven como referentes del otro espacio, el mental o psicológico. Por eso los espacios de las tres novelitas no son una geografía ambiental, sino el espacio interior de cierta decrepitud. Los personajes habitan hoteles, moradas ajenas, que son el reflejo de la intensidad y el estado interior de los personajes. A partir de ellos, el mundo de los personajes se ofrece como un estado de soledad y de infructuosa búsqueda. En «Regina Bras» Mario Aller se ve envuelto en el misterioso sino de una mujer, Regina Bras, cuya condición está cerca de lo maldito que le conduce primero hacia la morbosidad de la relación y luego al alejamiento y el olvido. Como en la muerte.

En «En otro mundo», tal vez el relato más intenso y mejor conseguido, Arturo Picón se confiesa desde las primeras líneas autor de un homicidio. La labor del narrador no está en desentrañar las claves del asesinato sino en bucear en el alma del personaje. Es un descenso a los infiernos, una permanente búsqueda de los motivos, no formales sino existenciales, que fluyen del cuadro que el protagonista quiere vender. Y cuando descubre la dualidad de realidad y ficción y el trasunto de la pintura como una forma de demonización, Arturo Picón destruye la pintura como forma de autosalvación.

Adolfo García Ortega,
Los días rusos,
Valencia, Pre-Textos,
1996, 265 págs.



Y en «Los días rusos» Octavio Herra busca la pasión amorosa fugaz pero, lejos de ofrecer al personaje un fin definitivo a sus anhelos, aquella se destruye casi al punto de comenzar. La duda y la ocultación por un cierto estado de vergüenza y de pudor le conducen al personaje al retorno vano y, en cierto modo, hipócrita con la madre.

Cada una de las tres novelitas sigue procedimientos narrativos distintos. En «Regina Bras» hace uso del relato omnisciente en tercera persona, mientras en los otros dos utiliza la forma epistolar en primera en que el protagonista cuenta su experiencia vital. Además, y esto resulta determinante en el trabajo de García Ortega, hay un cuidadísimo uso del lenguaje. estamos ante una prosa casi medida, de una magnífica factura que hace del libro un deleite de lectura además de ser eficazísima para los intereses narrativos. La magia con que se envuelve la prosa y la magnífica disposición de los materiales estructurales hacen de *Los días rusos* un extraordinario libro en el que el lector, más allá del disfrute, puede trascender a mundos íntimos, de tormento y desasosiego, que dibujan el alma del hombre contemporáneo.

Luis de la Peña